



MUGARIK GABE
Organización No Gubernamental de Cooperación
para un Desarrollo Humano, Equitativo y Sostenible
Web : www.mugarikgabe.org

OTRA COOPERACIÓN ES POSIBLE



COOPERACIÓN POLÍTICA PARA LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL.

Algunas propuestas

“Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo”

Ernesto “Che” Guevara

A modo de introducción

Escribir en estos tiempos sobre cooperación para el desarrollo tiene un plus de complicación y produce un cierto vértigo debido a los efectos directos de la crisis político-económica que afecta a los países tradicionalmente conocidos como donantes y que coloca a ésta en un incierto presente y un oscuro futuro inmediato. Esos países donantes son aquellos que se enriquecieron, en gran medida, a costa de la continua explotación de los recursos naturales y humanos existentes en los países empobrecidos, a través de los procesos de conquista, colonización y, en las últimas décadas, a través las políticas económicas de la globalización neoliberal (liberalización de los mercados financieros y de capital, ajustes estructurales, privatizaciones de sectores estratégicos, políticas de austeridad y crisis de deuda, “desaparición” del estado más allá de su figura de administrador para los poderes económicos...). Es evidente que las decisiones y derroteros que se tomen en esta encrucijada crítica en la que nos encontramos marcarán el futuro de la cooperación¹, y el mismo se está orientando ya hacia dos escenarios posibles, con alguna bifurcación en el segundo de éstos.

El primer escenario es un camino, más o menos sinuoso, de corto o medio recorrido, que nos lleva a una conclusión evidente: el fin de la llamada cooperación para el desarrollo. Después de más de 50 años (en nuestra tierra la mitad), la clase político-institucional se plantea abiertamente, sin demasiada

¹ También nos marcarán la misma viabilidad de nuestras sociedades y sistemas políticos y económicos tal y como los conocemos, pero esto no es el motivo central del presente texto.

reflexión ni mala conciencia sino más bien como un elemento de resorte automático y fácil frente a la crisis, que la profundización de las políticas de austeridad, la disminución del déficit a cualquier precio y los consiguientes recortes, deben llegar a la cooperación alcanzando incluso su desaparición.. Si bien pueden iniciarse como recortes, detrás habría una clara decisión política de eliminar los fondos de cooperación para el desarrollo. Se obviaría así el compromiso ético, político y solidario que ésta tiene con los pueblos empobrecidos históricamente para el enriquecimiento continuo de los países ahora en crisis, olvidando igualmente el compromiso con la justicia social y los derechos humanos individuales y colectivos. Estas medidas de recorte dejan por tanto en evidencia a esa clase política que nunca entendió la solidaridad como compromiso, sino como, en el mejor de los casos, simple humanismo y compasión , dependiendo su desarrollo únicamente de nuestra mayor o menor riqueza para “ser generosos con los pobres”.

El segundo escenario posible es, claramente, la antítesis del anterior. La cooperación aunque disminuya, no desaparecería en su totalidad. De una parte, se mantendrían ciertos intereses político-estratégicos y económicos de relación con el Sur en los que la cooperación tiene un destacado papel que jugar; de otra parte, habría una presión por parte de la sociedad y organizaciones para no abandonar esa coherencia ética, humana y política antes señalada que supone la cooperación entre pueblos. Ahora bien, este segundo escenario posible, contemplaría dos ramales incompatibles. Uno se orientaría hacia la preeminencia de la privatización de la ayuda, a través del desarrollo de las llamadas alianzas público-privadas. Se daría un amplio protagonismo a las empresas, el estado tendría el papel de facilitador y las ONGD de meras administradoras, con algunos toques de, nuevamente, humanismo y generosidad en las denominadas acciones de desarrollo. Evidentemente, la entrada de las empresas, especialmente las llamadas transnacionales, no pretende sino un “lavado de imagen” para paliar las consecuencias más graves de sus actuaciones sin escrúpulos sobre la naturaleza y violatorias de los derechos de las personas y pueblos, con el único objetivo de aumentar sus beneficios económicos. Pero también, hay dos objetivos fundamentales más: la conversión de “las personas pobres en

consumidores y a la pobreza en un negocio rentable” (Romero Miguel y Ramiro Pedro, 2012: 11); y la búsqueda de facilidades para la entrada de estas empresas en territorios y espacios geográficos hasta ahora no explotados por ellas. Hoy, se busca la explotación de esas áreas que han guardado durante siglos recursos naturales ahora ansiados por el mundo enriquecido para poder mantener su nivel de desarrollo y negocio. Al fin y al cabo, aunque los modelos de cooperación variaran, se mantendrían los postulados fundamentales de estos intereses político-económicos, siempre fundados en el entendimiento de que la cooperación es “una vía para fomentar las exportaciones, la inversión extranjera, o acompañar y facilitar el acceso a mercados o a recursos de los países receptores a transnacionales” (Mosangini Giorgio, 2012: 239).

La segunda bifurcación deseada en este escenario descrito, y objeto central de este texto, caminaría hacia la repolitización de la cooperación para el desarrollo, colocándose su accionar al lado de los movimientos sociales para hacer de ésta una herramienta verdadera al servicio de los mismos y de las necesarias y justas transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales que demandan los pueblos de los países del llamado Sur empobrecido. Y ello subrayando, que esos cambios estructurales empezaron hace tiempo a ser también urgentes en nuestras propias sociedades y, por lo tanto, la cooperación también deberá ser una herramienta para estos fines.

Cierto es que nos encontramos en una profunda crisis del capitalismo a todos los niveles y que ésta, no es coyuntural, sino estructural al mismo. Ciertamente, igualmente, que esta crisis está ocasionando cambios radicales en nuestro pensamiento y en nuestro accionar diario, social. Remueve conciencias, adelanta autocríticas, revisa estrategias y genera sufrimiento en cada vez más capas sociales. Pero toda crisis es posible convertirla en algo positivo según la orientación que demos a su resolución. Por eso, si bien se señalaba al principio el incierto futuro de la cooperación, estamos ante una oportunidad inmejorable para hacer una revisión crítica de la misma, borrar lo inservible para el momento político actual y futuro y construir nuevos modelos de cooperación. En ese sentido y espíritu, se intenta a continuación revisar, criticar y dar los primeros pasos en la definición de alternativas.

Avanzando en la autocrítica.

A lo largo de la historia de la cooperación para el desarrollo se han realizado permanentemente análisis críticos, tanto desde el exterior como desde el interior de la misma. Generalmente estos estudios se han centrado principalmente en la crítica sobre el fin y el objeto de la cooperación, desde el ámbito gubernamental e institucional. Sin embargo, se pretende ahora presentar algunos de los elementos y claves principales para una revisión crítica de la cooperación al desarrollo realizada a lo largo de las últimas décadas, centrada de forma especial en el espacio no gubernamental.

Para este objetivo, se tienen que tener en cuenta los impactos alcanzados y los modelos en uso, así como de manera global el contexto internacional (globalización) en el que la cooperación se mueve y la influencia y tendencia que el mismo imprime. Se parte igualmente de que la también llamada cooperación solidaria, aquella practicada desde las sociedades civiles del Norte y del Sur, ha sufrido importantes cambios y reorientaciones así como, y aunque parezca contradictorio, inercias en sus formas de operar que la han empujado hacia una cierta dejación de sus postulados más críticos y comprometidos con las transformaciones teóricamente pretendidas. Ha llegado el momento de hacer una revisión que la redimensione como agente al servicio de las necesarias transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales para un mundo más justo si realmente se pretende acabar con las injusticias, la explotación y la desigualdad entre las personas (hombres y mujeres) y entre los pueblos y sociedades. Es decir, si mantenemos la coherencia entre lo que la cooperación dice perseguir como fin y lo que realmente hace para alcanzar o contribuir a ese objetivo.

Afortunadamente, esta necesidad de revisión se está ya planteando en los últimos años desde diversos sectores sociales y organizaciones, en parte por la urgencia y coherencia de la misma; en parte también por la presión que ejercen los serios peligros que la actual crisis plantea para la pervivencia de la propia cooperación. Movimientos sociales que surgen nuevos replanteando

paradigmas y estrategias de actuación empujan también a diferentes sectores de la cooperación a revisar sus actuaciones. Para ello, cada vez más aparecen nuevos planteamientos, análisis y reflexiones que orientan hacia ese camino. El documento presente tratará de ordenar (esperamos que no desordenar) algunas de estas claves de revisión y plantear nuevas vías de actuación, desde una dimensión política, para que la cooperación solidaria ubique su espacio, tiempo y lugar con el objetivo de empujar también en las necesarias transformaciones ya mencionadas. De alguna forma, este documento reúne y refunde ideas ya planteadas que empiezan a estar en el debate entre diferentes agentes sociales y políticos, tanto de los movimientos sociales (mujeres, indignados/as, pueblos indígenas, campesinado...) como de algunas organizaciones no gubernamentales y quiere recoger también un posicionamiento explícito y comprometido.

No se será exhaustivo en la enumeración de las múltiples y variadas claves necesarias a considerar para esta revisión crítica. Se trata más bien de exponer aquellas que parecen determinantes, con simplicidad de enunciado pero con profundidad de contenido, para avanzar en una nueva forma de cooperación que, se podría denominar, por su consciencia en los contenidos y dimensión política, como cooperación por la transformación .

Entonces, cuatro serían estas claves que concretarían las líneas estratégicas principales:

- La **revisión crítica y autocrítica continua** de los modos e impactos de la cooperación, entendida en su sentido más amplio: incidencia, formas de trabajo, implicación, efectos, relaciones que establece...
- Redimensión y recuperación del **análisis y contenido político** de la cooperación. Esto exige, entre otras cuestiones, una identificación de las causas estructurales de la desigualdad y su abordaje para la transformación de las mismas.
- Consecuentemente con lo anterior, la orientación de acciones hacia verdaderos **procesos de transformación social, política, económica**

y cultural, así como al **fortalecimiento de los sujetos** políticos intervinientes, reales protagonistas de esos procesos.

- Finalmente se hace necesario volver a remarcar el **carácter de bilateralidad** de esta dimensión política de la cooperación para la transformación. Es decir, no se trata de actuaciones únicamente en los países empobrecidos, sino también, y cada vez de forma más necesaria, acciones en los países enriquecidos.

Contexto general, contexto de crisis.

Si bien antes señalábamos la innecesariedad en este documento de hacer enumeración pormenorizada de las claves para la revisión crítica, tampoco ahora, correspondería hacer un profundo y minucioso análisis de la globalización neoliberal, especialmente en sus aspectos económicos y consiguientes implicaciones políticas y sociales, por lo que lo resumiremos en algunas de las características que nos parecen más determinantes del mundo en que vivimos. La globalización es la fase actual del capitalismo y entraña, entre otros elementos, una dominación de la lógica del mercado y de los poderes financieros sobre la política y sobre el bienestar de la población. Todo queda supeditado a esa lógica, dándose un retroceso importante en el ejercicio de la totalidad de los derechos individuales y colectivos; una precarización de la vida para cada vez mayores capas de la población mundial; una anestesiante y proclamada ética del consumo unida a un reforzamiento del individualismo, normalmente en detrimento de la participación y la solidaridad entre las personas y de una visión común, colectiva, de la vida.

Al mismo tiempo la actual crisis económica, que golpea ya y principalmente a los países del norte y ha permitido evidenciar todo lo anterior de forma cercana, no está haciendo sino fortalecer a esos mismos poderes económicos dominantes, con una mayor supeditación a ellos de los poderes políticos (meras correas de transmisión de los primeros y administradores de aquellas medidas que éstos imponen para el mantenimiento de sus privilegios) y la pérdida aún mayor de derechos por parte de la mayoría de la población. Todo esto, lleva parejo un aumento del desigual reparto de la riqueza entre países y

personas, una mayor brecha de ruptura entre clases, un golpe mayor de los efectos más perjudiciales contra sectores sociales determinados, como las mujeres, y una imposibilidad permanente de salir, los más débiles de aquellos, de lo que se ha dado en llamar situación de empobrecimiento, que no es sino la pobreza, miseria y falta de expectativas de una vida igual en derechos para todos y todas. Hasta hace unos pocos años este era, a grandes rasgos, el contexto en el que se encontraban los países del Sur, en especial a América Latina; hoy, este es el escenario de un número cada vez mayor de países europeos. Mientras gran parte del continente americano, alejado ya de las políticas más ortodoxas del neoliberalismo económico, sale de la crisis y de sus llamadas “décadas perdidas”, alusivas a la situación de estancamiento y depresión política, social y económica propias de los últimos años del siglo pasado, Europa se hunde en una profunda crisis sistémica.

Este podría definirse como el marco general de la globalización y la crisis actual en el que la cooperación se ubica y donde, por lo tanto, se acepte o no, ésta tiene su espacio y sus actuaciones se ven afectadas por el mismo y, consiguientemente, operan a favor de su desaparición o de su transformación. Esta es una primera elección.

Tras este bosquejo general del contexto global y teniendo en cuenta que una parte importante de la cooperación se orienta a actuaciones en el continente americano, resulta oportuno señalar otras características del contexto en ese continente en los últimos años.

De una parte se ha dado una extensión de modelos políticos de izquierda en diferentes países² los cuales, sin entrar a analizar en detalle, se reconoce que han supuesto cambios importantes en el panorama político social y que amplían las posibilidades de transformaciones hacia modelos más justos, equitativos y participativos. Por otra parte, y como respuesta de los sectores oligárquicos, se han reforzado en otros países modelos involucionistas y

² La alusión a modelos políticos de izquierda tiene una forma amplia y en el entendido de que se están produciendo en América Latina diferentes caminos en la consecución de sociedades más justas y equitativas, y con la consciencia de evitar discusiones ortodoxas sobre la adscripción de izquierda.

neoliberales que operan en contra de la tendencia anteriormente citada. En este panorama no están ausentes los países del norte, tanto EE.UU. como de Europa, cada bloque con sus peculiaridades, pero ambos actuando en contra de los primeros modelos citados y fortaleciendo los segundos, para el mantenimiento del sistema neoliberal en la defensa de sus intereses económicos. Dichos intereses pasan por que América Latina siga siendo el proveedor barato de materias primas y mercado fácil de los productos manufacturados en el norte, en beneficio siempre del modelo de desarrollo dominante. En este sentido, se entienden acciones, como el golpe de estado en Honduras y Paraguay, los intentos frustrados de golpes en Venezuela, Bolivia o Ecuador y todas las presiones políticas y económicas que suponen los acuerdos de libre comercio, ya sean los firmados por EE.UU. o los llamados Acuerdos de Asociación (AdA) de Europa con diferentes países. El escenario que pretenden definir estos tratados es de aumento de la pobreza de los países americanos firmantes, mayor dependencia económica respecto a los países desarrollados, liberalización de mercados, pérdida de la soberanía, expolio continuado de los recursos naturales, reprimarización de la economía y pérdida general de derechos de la población.

En el ámbito específico de la cooperación, evidentemente, también se perciben los efectos de estos escenarios pues, ni ahora ni antes, se puede entender que ésta está al margen de los mismos. Así, tal y como ha sido denunciado en multitud de foros y espacios sociales, para el caso concreto de las líneas establecidas por Europa, la cooperación se está dirigiendo prioritariamente a mejorar las condiciones para las transacciones comerciales y financieras y a promover la entrada libre y asentamiento sin control de las transnacionales europeas. Todo esto supone un alejamiento cada vez más evidente de la tradicional tendencia humanista y democrática que Europa decía promover años atrás en la búsqueda de la justicia, la paz, la equidad y la democracia. Igualmente, además de una clara y brusca disminución de los fondos de cooperación, se ha ido operando una orientación de la mayoría de agencias gubernamentales de cooperación (también no gubernamental) al apoyo de proyectos cortoplacistas que no crean las condiciones para reflexionar estrategias de largo plazo. Se está tendiendo igualmente a eliminar toda

prioridad sobre procesos orientados al fortalecimiento de los sujetos sociales, críticos con el modelo dominante, o dirigidos hacia verdaderos procesos de transformación estructural que cambien las injustas e inequitativas condiciones de vida.

La cooperación en su contexto.

Lo anteriormente expuesto tiene que ver con un contexto general y en lo que corresponde a la cooperación, de alguna forma, mayoritariamente con lo que se denomina cooperación multilateral (hacia/entre organismos internacionales) y bilateral (entre países). De alguna forma, todo lo descrito se refunde en el concepto que David Llistar denomina como “anticooperación”; es decir, todas aquellas acciones que se generan en el norte y que interfieren negativamente en el sur, indistintamente del canal y ámbito u origen y destino en los que se produzcan y cuya raíz fundamental radica en el interés por el crecimiento económico con seguridad de los países del norte. Esta anticooperación tiene sus dimensiones en muy diversos espacios, como el financiero, comercial, diplomático, ambiental, militar, tecnológico y también el correspondiente a la cooperación solidaria. La suma de esos efectos negativos, evidentemente, supera con mucho los posibles efectos positivos no ya solo de la cooperación solidaria, sino de la totalidad de la llamada cooperación.

Por tanto, es clave entender que todo ese panorama incide determinantemente sobre la llamada cooperación no gubernamental, aquella que se realiza entre agentes de las sociedades civiles del norte y del sur pero, que está en gran medida pautada y normada, por lo tanto sometida, a la financiación pública de instituciones que, en mayor o menor medida, comparten plenamente el esquema definido, cada una desde su ámbito de actuación. Sin embargo, lo anterior no pretende dar a entender que la cooperación no gubernamental está plena y únicamente sujeta a ese contexto general. Lo debe de tener en cuenta y en muchos casos determina actuaciones clave, pero también hay una responsabilidad importante en las propias ONGD para ubicarse, o no, en ese escenario. Al fin y al cabo, se está de acuerdo con su fondo y se pretende subsanar sus efectos más perversos pero sin alterar el sistema o, se trabaja

por la transformación radical del mismo en el entendido que, de lo contrario, éste pervive con su carga de injusticias y de desigualdades cada vez mayores. Y esto último teniendo en cuenta el margen de maniobra existente, el espacio que como ONGD se ocupa, pero también definiendo políticas y estrategias posibles para avanzar en el objetivo marcado.

Resultado de esas incidencias externas y de los posicionamientos internos de la cooperación no gubernamental es la situación actual de la mayoría de las actuaciones y lineamientos estratégicos en los que ésta opera.

La cooperación en los últimos años ha girado mayoritariamente hacia un evidente acoplamiento en el sistema como herramienta del modelo político, social y económico dominante. Así, se puede constatar como, de una parte, se ha ido imponiendo el dominio de lo técnico, la complejidad de normativas, lo burocrático-administrativo, el consenso bloqueante, el discurso de la eficiencia como una identidad que constriñe y casi asfixia. En este mismo sentido, se debería revisar el “diálogo” consultivo y permanente con las instituciones como elemento no confrontativo que adormece la actuación política. Igualmente se hace urgente una revisión crítica de conceptos asumidos que establecen, sibilina e ideológicamente, las líneas de actuación sectoriales como la gobernanza y gobernabilidad, los Objetivos de Desarrollo del Milenio, la cohesión social, la Responsabilidad Social Corporativa, etc. como elementos que alejan permanentemente, en una distracción continua, de los verdaderos objetivos de la transformación.

Como consecuencia de lo anterior encontramos el alejamiento cada vez mayor de las verdaderas demandas y reivindicaciones de los sujetos políticos del sur y sus procesos, para concentrarse en la “mejora” de las condiciones de vida de “los/as beneficiarios/as”, a quienes se despoja de esa condición clave de sujetos políticos para mantenerlos como objetos pasivos receptores de ayuda. En este sentido, destacamos las palabras de Andrés Cabanas cuando señala que la imposición de intereses de la cooperación reproducen, en gran medida, un imaginario de dominación y expresa como la cooperación *interviene* en vez de interactuar con los actores locales; trabaja para *población beneficiara* y no

con sujetos/as políticos y sociales; se percibe como *actor externo* y no como una parte más; desconfía de la capacidad de las organizaciones sociales (sobre todo en lo que atañe al manejo y control de recursos); elude la autocrítica, evaluación y sistematización del trabajo; privilegia el cumplimiento de *actividades y resultados* sobre procesos; o, impone, en función de la ejecución, formas organizativas artificiales. En suma, la cooperación no gubernamental, aquella que debería mantener un compromiso firme con quienes sufren las peores consecuencias del modelo dominante, se convierte en gran medida en “empresas de cooperación” que no solo no subvierten ese modelo sino que lo alimentan.

Un último elemento a tener en cuenta de este contexto de la cooperación, y directamente vinculado con las consecuencias de la crisis político-económica, es el reposicionamiento de agentes e ideologías. Es notorio que usando elementos como la crisis económica pero también las tendencias descritas, aún en el caso de la pervivencia de la llamada cooperación para el desarrollo, ésta cambia radicalmente. Los riesgos y elementos negativos señalados anteriormente pueden agudizarse y el panorama, tender a una disminución ostensible del abanico ideológico de la cooperación, “salvando” a aquellos que mejor se adapten al nuevo sistema de cooperación: readaptación (recorte drástico) de fondos, aumento ostensible de requisitos normativos, mayor profesionalización con sus aspectos más negativos, profundización de las alianzas público-privadas, pérdida de la dimensión política y recolocación de los actores sociales. Todo ello se debe tener presente al momento de hacer la revisión autocrítica continua y la formulación de estrategias nuevas para una cooperación transformadora.

Cooperación para la transformación.

Se señalaba al principio de este documento el grave riesgo que existe de desaparición de las políticas de cooperación al desarrollo con la excusa de la crisis económica. Puede que esto suceda o puede que la misma se reencauce hacia nuevos parámetros, como también se ha indicado. Y en este sentido también se remarca nuevamente que en los últimos tiempos, aquí y allá,

empiezan a surgir cada vez con más fuerza reflexiones, nuevos paradigmas que permiten atisbar nuevas posibilidades y caminos a seguir. Cuando menos, el compromiso con los países del sur y con la modificación de las causas estructurales de la injusticia y desigualdad, tanto en esos países como en los del norte, se ve acompañado con cada vez más actores (Marcha Mundial de Mujeres, Vía Campesina, el movimiento indígena, *Stop desahucios*, indignados/as...). Se articulan nuevos procesos en positivo y, en lo que corresponde a la cooperación y la solidaridad, aquí y allí se ha iniciado una necesaria revisión de las mismas, lo que contrarresta el oscuro panorama anteriormente descrito.

Es este contexto el que también delimita las decisiones que las ONGD deben de tomar. No son las responsables directas de las situaciones de injusticia y desigualdad, pero tienen un papel que jugar, junto a otros muchos actores sociales, una responsabilidad ética y política. Al fin y al cabo, las opciones están diáfanas: seguir en el modelo actual, con lo que éste implica; o jugar un papel de compromiso con los nuevos procesos de transformación aquí y allí y que tienen a los movimientos sociales como sujetos políticos.

En este marco y en una evidente opción por la segunda línea de acción hay una serie de retos que contribuirán, según el accionar ante ellos, a definir nuevas estrategias para una cooperación por la transformación³.

1.- Reflexión autocrítica permanente.

Se ha dicho ya al citar el concepto de antiooperación que las injerencias negativas que desde el modelo dominante del Norte se dirigen hacia el Sur son muy superiores a los impactos positivos que puede tener la cooperación. A ello, hay que añadir, precisamente desde esa autocrítica citada, que en muy escasas ocasiones los trabajos propiamente de la cooperación no gubernamental están incidiendo en la reversión de las condiciones de explotación, violación de derechos, extrema pobreza, sistema patriarcal y el

³ Partimos de los retos y epígrafes generales señalados por Andrés Cabanas en su trabajo sobre la cooperación solidaria en Guatemala.

largo etcétera que aqueja a las condiciones de vida de las grandes mayorías en el mundo. Por supuesto, si en muchos casos solamente se alcanza a paliar algunas de esas condiciones es imprescindible mantener abierta la autocrítica y evaluación permanente sobre estas actuaciones. Todo ello con el fin de mejorar dichas intervenciones con visiones más amplias y estratégicas de los contextos y de compromiso con los diferentes procesos.

La situación de crisis y riesgos para la sobrevivencia de la cooperación que ésta supone, incrementa los peligros de profundización en actuaciones no políticas, no críticas, de no fortalecimiento de procesos y actores protagónicos de las transformaciones necesarias.

2.- Análisis continuo de la realidad.

Hemos hecho amplia referencia a los escenarios negativos que se ciernen sobre los objetivos que la cooperación dice perseguir. Hay que insistir en la importancia de hacer siempre lectura de los contextos para que las acciones no queden al margen de éstos y/o sometidas a ellos. Igualmente, se debe hacer el análisis de los nuevos ciclos de lucha, de las nuevas propuestas que los diferentes movimientos sociales realizan y del desarrollo de los incipientes procesos de cambio profundo que se están abordando. Debe de ser una condición de la cooperación para la transformación el apostar por el fortalecimiento de los nuevos sujetos políticos, encarnados en muchos casos en los movimientos feminista, indígena y campesino en el Sur. Desde éstos se están proponiendo nuevos paradigmas o modelos, entendidos como la forma en que una determinada sociedad organiza e interpreta la realidad (mundo, sociedad y persona), como son el caso del “buen vivir” o los procesos de despatriarcalización y descolonización. Para el caso del Norte, la crisis estructural supone la oportunidad de profundizar el cuestionamiento del sistema capitalista y desde ahí defender y contribuir a la definición necesaria de nuevas alternativas a ese sistema injusto. La cooperación tiene que implicarse en estos procesos en el norte y no mantenerse al margen. Tiene también un importante papel para poner en conexión estrecha los diferentes procesos en una retroalimentación no solo posible, sino deseable por el enriquecimiento y

fortalecimiento mutuo que supondrá como respuesta teórica y práctica al modelo dominante.

3.- Apuesta por acciones y procesos dirigidos hacia transformaciones estructurales y cambios en las actuales relaciones de poder.

Ya hemos abordado previamente este reto, pero es importante nuevamente citarlo desde el convencimiento de que si este compromiso no existe la cooperación no aportará al cambio de modelo dominante, siendo únicamente un engranaje más en el mantenimiento y desarrollo del mismo y manteniendo un mero carácter paliativo de los impactos más negativos de las políticas económicas. En muchas ocasiones, al no tener en cuenta las causas estructurales ni las relaciones de dominación que operan en un determinado espacio, las actuaciones no inciden en cambios de raíz y no suponen impactos positivos en la reversión de las condiciones de pobreza, desigual reparto de la riqueza, irrespeto de derechos y, por lo tanto, fortalecen el propio sistema dominante. También debe de tenerse en cuenta que en algunos casos, aparentemente positivos por sus resultados, el no abordar esas causas profundas traerá parejo la falta real de impactos más allá de lo que podemos denominar como la constitución de “pequeñas islas de desarrollo”, las cual siempre estarán sometidas al cambio del contexto general o, en muchos casos, al fin de la “ayuda”.

4.- Cuestionamiento del modelo económico y político dominante.

En muchas ocasiones desde la cooperación se pretende actuar como si se estuviera al margen del sistema económico y político, tanto del global como del propio del país donde ésta se desarrolla, sea en terceros países, sea en el propio. Igualmente, cada vez más, se trabaja con actores, que sustituyen a aquellos que consideramos deben ser los verdaderos actores políticos de los procesos, , los movimientos sociales. Y en muchas actuaciones domina lo técnico y la eficiencia sobre cualquier otro planteamiento, obviando la ideología como motor de transformación o de mantenimiento del sistema dominante.

No se hacen análisis de las implicaciones y condicionantes que para cualquier proceso de cooperación tienen los sistemas económicos y políticos dominantes. Desde estos últimos, se articulan mecanismos poco transparentes y poco democráticos que eliminan la participación de organizaciones y movimientos sociales que cuestionan el modelo y anestesian al resto de la sociedad, cuando no se establecen aquellos otros claramente represores. Además trabajan, desde estos niveles políticos, por la legitimación del sistema económico y la administración de las leyes que faciliten su desarrollo tal y como éste define. Desde el sistema económico, las empresas, transnacionales en la mayoría de las ocasiones, establecen no solo la propia agenda económica de un país sino también la política frente a sociedades debilitadas y estados sumisos a sus directrices. No solo explotan, exploran, los recursos naturales sino que definen desregulaciones, privatización de sectores productivos y sociales, reprimarización del modelo económico, alcance y aplicabilidad de legislaciones, apertura de mercados...abundando todo ello en el irrespeto y violación de los derechos individuales y colectivos (económicos, sociales, culturales, políticos y civiles). Se reconvierten en actores decisivos e incontrolados del devenir de los pueblos y personas sin control alguno por parte de las instancias políticas y sociales. Desde algunos sectores y movimientos sociales estos procesos del modelo neoliberal dominante han sido históricamente denunciados en su aplicación en los países del Sur. Hoy la profundización de la crisis política y económica en el Norte está haciendo que esos efectos se den directamente en cada vez más amplias capas de su población y, en los sectores sociales más deprimidos. El aumento de las bolsas de pobreza y de miseria ya no son conceptos lejanos geográficamente, sino que se dan con cada vez más fuerza y amplitud.

5.- Repolitización de la cooperación.

Después de los anteriores retos y entendidos todos ellos como concatenados, éste último se convierte, en cierta forma, en el fundamental de la cooperación por la transformación. Recuperar la dimensión política en la cooperación para evitar su vaciamiento absoluto y posterior uso al servicio de intereses espurios o, meramente humanistas que no cuestionan el orden establecido y no

incorporan la revisión de las causas estructurales de la injusticia y desigualdad entre las personas y pueblos. Sin ese análisis profundo y político, es imposible que la cooperación redunde positivamente en los procesos que trabajan por las transformaciones sociales.

Supone igualmente, ser conscientes y asumirse como agentes implicados que no pueden estar al margen de los contextos, específicos y globales, en que se actúa. La cooperación, ya ha quedado en evidencia que interviene siempre de una u otra forma, por lo tanto, hágase con consciencia de ello y con estrategias políticas para ello y respetando y fortaleciendo a aquellos que deben de ser los sujetos activos de los cambios radicales que demandan la transformación hacia sociedades más justas y equitativas. Es urgente romper la tensión sostenida de forma permanente en el mundo de la cooperación entre las opciones autodenominadas como apolíticas⁴ y aquellas que siempre entendieron que éste es también un campo de lucha social y política.

Conclusión posible, compromiso necesario.

Los retos enumerados no pueden quedar en mera intencionalidad y buenos propósitos, hay que afrontarlos y abrir camino. Ese caminar no podrá hacerse sin profundos cambios también organizativos y de formas de actuación; sin la redefinición necesaria de estrategias y tácticas; sin la construcción de conciencia política, el mantenimiento de la independencia organizativa y el avance en la autogestión económica. Igualmente resulta fundamental el desarrollo del diálogo político con los diferentes actores cercanos y el fortalecimiento de relaciones horizontales con movimientos sociales del norte y del sur. Este diálogo deberá darse siempre teniendo una visión global y de contexto, presionando también desde la incidencia política y social y reforzando las capacidades organizativas, de movilización y participación, así como la demanda del respeto y aplicación de todos los derechos para todos y todas. Una ardua tarea pero, al mismo tiempo, una atractiva labor por delante si realmente la cooperación quiere seguir siendo uno de los agentes implicados

⁴ Obviamente, este texto mantiene que no son reales tales opciones aparentemente apolíticas, ya que toda acción social, humana, tiene su carga política.

en la promoción y plasmación de cambios estructurales en el modelo hacia otro más justo, equitativo y verdaderamente democrático.

Jesus González Pazos
Miembro de Mugarik Gabe
Septiembre 2012

BIBLIOGRAFÍA.

Cabanas, Andrés (2010). Retos de la cooperación solidaria en Guatemala: apoyo a la transformación de las relaciones de poder y la refundación del Estado. Guatemala. IEPALA y Albedrío

Chavez, Daniel, Rodriguez Garavito, Cesar y Barret, Patrick (eds.) (2008). La nueva izquierda en América Latina. Madrid. Los Libros de la Catarata.

González Pazos, Jesus (2006). Dimensión política de la cooperación descentralizada, en VV.AA. Riesgos y oportunidades en la cooperación descentralizada. Donostia. Gakoa – PTM Mundubat.

Fernández, Gonzalo (2006). Dimensión política de la cooperación descentralizada, en VV.AA. Riesgos y oportunidades en la cooperación descentralizada. Donostia. Gakoa – PTM Mundubat.

Hernandez Zubizarreta, Juan y Ramiro, Pedro (eds.) (2009). El negocio de la responsabilidad. Crítica de la Responsabilidad Social Corporativa de las empresas transnacionales. Barcelona. Icaria.

Llistar, David (2009). Anticooperación. Interferencias Norte-Sur. Los problemas del sur global no se resuelven con más ayuda internacional. Barcelona. Icaria.

Mosangini, Giorgio (2012). Decrecimiento y justicia Norte-Sur. Barcelona. Icaria

Nieto, Luís (coord.) (2002). La ética de las ONGD y lógica mercantil. Barcelona. Icaria.

Romero, Miguel y Ramiro, Pedro (2012). Pobreza 2.0. Barcelona. Icaria.

(de) Souza Santos, Boaventura (2008). Conocer desde el Sur: Para una cultura política emancipatoria. La Paz. Plural Editores.

----- (2010). Refundación del estado en América Latina: Perspectivas desde una epistemología del sur. México. Siglo XXI Editores.

Wallerstein, Immanuel (2010). Latinoamérica y los movimientos sociales antisistémicos, en VV.AA. Pensando el mundo desde Bolivia. I Ciclo de Seminarios Internacionales. La Paz. Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Zibechi, Raul (2007). Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales. Barcelona. Virus.